

LVIII

—Ahora soy todo tuyo. ¿Quieres, quizás, fumar? Espera, no estropeemos algo,—añadió, poniéndole cerca un cenicero.

—Vengo á verte por dos motivos.

—¿Sí?—dijo Maslennikoff, y su rostro tomó una expresión de aburrimiento; no quedaba en él nada que recordara al gozquecillo.

Del salón vecino llegaba una voz femenina que repetía sin cesar:—¡Jamás, jamás lo creeré!—Al mismo tiempo, una voz de hombre contaba una historieta en que sonaban los nombres de la condesa Vorouzoff y de Victor Apraxin; también se oían fuertes carcajadas y un murmullo confuso de voces.

En tanto que escuchaba á Neklindoff, Maslennikoff no perdía una palabra de lo que se decía en el salón.

—He venido para hablarte aún de aquella joven...

—Sí, ya sé; aquella inocente.

—Quisiera pedirte que entrara como criada en la enfermería.

Maslennikoff se mordió los labios y quedó pensativo.

—Estoy dudando... Mañana consultaré el caso y te enviaré un recado.

—Me han dicho que hay muchos enfermos y que se necesitan enfermeras.

—Sí, sí, no tengas cuidado, de todos modos te diré algo.

—Te lo agradeceré mucho.

En aquel momento resonó una carcajada general y espontánea en el salón.

—Será Victor,—exclamó Maslennikoff sonriendo;—es muy gracioso cuando está en vena.

—Además,—continuó el príncipe,—hay en la cárcel ciento treinta aldeanos por el sólo delito de no tener pasaportes.—Y explicó el caso á Maslennikoff.

—¿Cómo lo has sabido?—preguntó éste, y en su rostro apareció una expresión de inquietud y mal humor.

—Fuí á ver á un preso y aquella pobre gente me ha rodeado y me lo ha explicado.

—¿A quién fuiste á ver?

—A un aldeano acusado, sin culpa, de quien hablé ya á mi abogado; pero no es éste el caso. ¿Cómo se explica que tantos desgraciados sin culpa estén en la cárcel sólo por no tener pasaportes?

—Esto es cosa del fiscal,—interrumpió Maslennikoff con tono seco.—El deber del fiscal y de sus sustitutos sería visitar la cárcel para saber si se comete allí alguna injusticia; en vez de eso se pasan la vida jugando de un modo desenfrenado.

—¿Así, pues, no puedes hacer tú nada?—preguntó Neklindoff frunciendo el entrecejo, recordando que Fanarin le había dicho ya que Maslednikoff daría la culpa de todo al fiscal.

—No es eso; necesito informarme. En tu obsequio haré algo y te aseguro que pensaré en todo,—concluyó Maslennikoff, sacudiendo el cigarrillo con su blanca mano ensortijada.

—¡Peor para ella! Es un sufre-dolor,—exclamó una voz de mujer en el salón.

Y de nuevo se oyó una carcajada general.

—Pasemos otra vez al salón.

—Una pregunta aun.—Me han dicho que ayer en la cárcel se infligieron castigos corporales. ¿Es verdad?

—¡Ah! ¿quieres hablar de eso? No, no *mon cher*, veo que no se te puede permitir ir por esos sitios; quieres meter la nariz en todas partes. Ven, ven conmigo, que Anita te llama,—dijo el otro tomando el brazo de Neklindoff, y se mostraba excitado como después de su coloquio con el general; pero ahora su excitación no provenía de un exceso de alegría sino de un principio de inquietud.

Pero Neklindoff se desasíó bruscamente y sin saludar á nadie, sin proferir una palabra, atravesó el salón, la gran sala, la antecámara, pasó por entre los criados que se pusieron en pié y salió á la calle.

—¿Qué tiene? ¿Qué le has hecho?—preguntó Ana á su marido.

—Esto es á la francesa,—dijo uno.

—No, esto es á la zulú.

—¡No hay que extrañarse, siempre ha sido así! Algunos salieron y entraron otros. Empezó de nuevo la charla, y la salida de Neklindoff dió á la reunión un asunto cómodo sobre el cual, hablar á más y mejor.

Al día siguiente de su visita á Maslennikoff recibió una carta escrita con letra elegante y firme, la cual le informaba de que el vice-gobernador había escrito al médico de la enfermería para que tomara á la Máslova y terminaba firmándose: «tu antiguo y afectuoso compañero, Maslennikoff.»

—¡Imbécil!—No pudo por menos de exclamar el príncipe.

Comprendía que con la palabra «compañero» Maslennikoff quería ponerse á su nivel; que aún cuando persuadido de que era un personaje de importancia quería, sino adularlo, ostentar por lo menos cierta indiferencia de su propia posición y que por esto se firmaba su compañero.

LIX

Uno de los prejuicios más generales y arraigados consiste en creer que cada hombre tiene cualidades que le son propias: así se dice que uno es bueno ó malo, tonto ó inteligente, enérgico ó apático. Esto no es verdad en absoluto. Podemos decir que un hombre más bien es bueno que malo, inteligente que torpe, enérgico que apático ó viceversa. Pero diremos una tontería si sostenemos que un hombre es siempre bueno é inteligente y otro siempre malo y torpe; y, sin embargo, siempre clasificamos así á los hombres y esto es ilógico. Las personas son parecidas á los ríos. El agua corre igualmente en todos ellos; pero un mismo río puede ser tortuoso y rápido ó ancho y manso, limpio ó turbio, frío y caliente. Así los hombres; cada cual guarda en sí el germen de todos los vicios y todas las virtudes; tan pronto domina uno como otro; ocurre que un hombre no es siempre igual, siendo siempre el mismo.

Pero es preciso tener en cuenta que muchas veces esos cambios se manifiestan de un modo muy rápido; tal era el caso de Neklindoff. Aquel sentimiento de purificación y de rëgocijo que sintiera al volver del tribunal y de la

cárcel después de su primera entrevista con Katiuscha, se había transformado en un sentimiento de terror y repugnancia hacia ella. Se había propuesto no abandonarla, no variar de determinación cuando ella consintiera; pero eso le era penoso y doloroso.

El mismo día Neklindoff fué á la cárcel para ver á la Máslova.

El director le dió permiso para hablarla; pero no en su despacho, sino en el locutorio de las mujeres. A pesar de su bondadoso natural, observó con el príncipe una actitud más reservada: evidentemente después de su entrevista con Maslennikoff, éste había dado órdenes para usar mayores precauciones con aquel visitante.

—Sí, podéis verla; pero os ruego que no le déis dinero. Por lo que hace á trasladarla á la enfermería, como ya os ha escrito S. E., el médico consiente; pero es ella la que no quiere. Ha dicho que no tiene necesidad de variar los servicios de los enfermos. ¡Ah, príncipe, bien se vé que no conocéis á estas clases de gentes!

Por toda respuesta Neklindoff le rogó que le otorgara la entrevista pedida; y el director, llamando al carcelero, le ordenó que acompañara al príncipe al locutorio de mujeres.

El locutorio se hallaba desierto cuando Neklindoff penetró, pero apenas pasados algunos minutos abrióse la puerta del fondo, apareciendo una figura de mujer.

La Máslova estaba ya allí; Neklindoff la vió detrás de la reja con expresión de calma y timidez; luego acercándose á él, murmuró en voz baja, en tanto que le miraba con sus ojos negros:

—Perdonádme, Dimitri Ivanovitch, el otro día no me porté bien.

—No soy yo quien debe perdonaros...—contestó el príncipe.

—Os repito que me dejéis,—prosiguió ella; y en sus ojos oscuros que le miraban intensamente, Neklindoff leyó un pensamiento fijo y hostil.

—¿Por qué debo abandonaros?

—Porque sí...

—Explicáos mejor.

Fijó de nuevo en él aquella siniestra mirada que le pareció preñada de malos pensamientos.

—Os lo digo en serio... dejádmelo... Será mejor... olvidad ese pensamiento... no puedo hacerlo,—repitió con los labios temblorosos y calló. Luego añadió aún:

—¡Dejadme! Primero me mato.

Neklindoff comprendía que en su negativa había el odio de una ofensa no perdonada; pero adivinaba también un gran fondo de nobleza. Aquella confirmación de su negativa en un momento de calma destruía todas sus dudas y volvía su alma á aquel estado de conmoción solemne y de gravedad que al principio la había invadido.

—Katiuscha, repito lo que te dije: te lo ruego; consiente en ser mi mujer. Si no lo quieres y hasta que lo querrás, seguiré yo siempre tus pasos donde quiera que vayas.

—Esto vos debéis decirlo. Yo no diré una palabra más,—contestó la joven y, sus labios temblaron.

Estaba Neklindoff tan conmovido, que no acertaba á decir una palabra; al fin se repuso algún tanto y añadió:

—Ahora voy al campo; iré á Petersburgo; haré cuanto pueda por nuestra... por vuestra causa. ¡Ah, si Dios quiere esa sentencia no se cumplirá!

—Y aunque se cumpla... la tendré merecida. Si no por éste por tantos otros males...—contestó Katiuscha, y Neklindoff sintió en su voz el esfuerzo que hacía para contener las lágrimas.—¿Habéis visto á los Menschioff?—añadió después para sofocar su emoción.—¿No es verdad que no son culpables?

—Creo que no.

—Es una viejecita tan buena...—afirmó ella. Neklindoff la explicó cuanto le había dicho el aldeano, y le preguntó si necesitaba algo. La joven le contestó que no. Siguió un instante de silencio; luego de repente la Máslova profirió:

—En cuanto á la enfermería, si vos lo deseáis, iré... Y os prometo que no beberé más vino.

Sin hablar, Neklindoff la miró en los ojos, que sonreían y sólo tuvo fuerza para contestarle:

—Me parece bien.

Entretanto pensaba:

—Está cambiada del todo.

Y de la excitación del día anterior, pasó á un sentimiento nuevo que no recordaba haber tenido nunca: No podía dudar de la potencia del amor.

*
*
*

Vuelta á su cuadra fétida, después de la entrevista, la Máslova se quitó la blusa y se sentó en la cama con las manos en las rodillas.

En la cuadra no quedaban sino la tísica, la aldeana detenida por no haber dejado marchar á su sobrino, la Menschovna y la guardavía con los dos niños. La hija del diácono en quien se reconocieron los primeros síntomas de la locura el día anterior, estaba en la enfermería. Las demás lavaban la ropa sucia.

La Menschova, dormía en la cama y los dos muchachos

corrían por el corredor del cual estaba abierta la puerta. La Vladimirskacha y la guardavía, sin cesar un momento de hacer calceta con sus dedos ágiles, se acercaron á la Máslova.

—¿Os habéis visto?—preguntaron las dos.

La interrogada movía las piernas que pendían sin tocar al suelo y no contestaba.

—¿Qué tienes, hija?—preguntó la guardavía.—Es preciso no perder el valor.

Tan poco esta vez contestó la Máslova.

—Nuestras compañeras están lavando la ropa,—dijo la Vladimirskacha. Dicen que hoy han repartido mucha limosna.

—¡Finaskal!—gritó de repente la guardavía, asomándose á la puerta.—¿Dónde estás, pillín?—y dejando la calceta salió corriendo.

En aquel momento resonó rumor de pasos y de voces femeninas, y bien pronto entraron en la cuadra las otras presas, arrastrando los zuecos: todas traían un pan y algunos dos. Fedosia se acercó en seguida á la Máslova.

—¿Qué tienes? ¿Te ha ocurrido algo malo?—le preguntó con dulzura, mirándola con sus ojos azules.—Mira, ya tenemos pan para nuestro té.

—¿Quizá ha cambiado de idea y no quiere casarse?—preguntó la Korablova.

—No, no ha cambiado, soy yo la que no lo quiero—contestó la Máslova,—y se lo he dicho claramente.

—Esto se llama ser estúpido,—afirmó con su voz ronca la Korablova.

—¿Por qué? ¿Se comprende perfectamente? ¿Cuándo no se puede vivir juntos, que se saca de casarse?—replicó Fedosia.

—¿Pero tu marido no te sigue?—observó la guardavía.

—¡Eso es otra cosa! Nosotros somos ya marido y mujer.

¿Pero éstos, que sacarán de unirse no pudiendo vivir juntos?

—¡Tonta! ¿No ves que si se casa con ella puede cubrirla de oro?

—Me ha dicho: donde quiera que vayas, yo te seguiré, —dijo la Máslova.— Bien, que me siga, y si no me sigue, él sabrá por qué... no seré yo quien le ruegue... ahora va á Petersburgo para cuidar de mi causa... ¡todos los ministros son parientes suyos!... pero para mí, siempre es lo mismo ¡no tengo ninguna necesidad de él!

—Ya lo creo,—exclamó Korablova, pensando evidentemente en otra cosa.—Ahora bebamos un poco de vino.

—¡No quiero! ¡Bebed vosotras, si queréis! Yo pago.— contestó la Máslova.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

CASA EDITORIAL MAUCCI

Consejo de Ciento, 296, BARCELONA

Extracto del Catálogo General

OBRAS DE AUTORES ILUSTRES

Los Misterios de Marsella, por Emilio Zola. . .	1 Ptas.
Teresa Raquin, por Emilio Zola.	1 »
Lourdes, por Emilio Zola, dos tomos impresos en buen papel, tipos nuevos y elegantes.— Edición única en España.	4 »
Roma, por Emilio Zola, dos tomos de 500 págs. cada uno, elegante edición, única en España	4 »
París, por Emilio Zola, edición ilustrada con 16 láminas, única en España: dos tomos rústica	4 »
Fecundidad, por Emilio Zola (segunda edición)	4 »
Escenas de la vida de Bohemia, por Enrique Murger.	1 »
España, por Edmundo de Amicis.	1 »
Horas de Recreo, por E. De Amicis. Un tomo ilustrado.	2 »
La Carrozza di Tutti. (Una novela en tranvía), por Edmundo De Amicis. 2 tomos ilustrados	4 »
Rafael.-Graziella (2 novelas juntas), por La- martine.	1 »
El Manuscrito de mi Madre, por id.	1 »
¡Misterio!... por Hugo Conway.	1 »
Un Secreto de Familia, por id. (ilustrada).. .	1 »